

Acércate, mírate y no temas lo que puedas ver.

Para todos aquellos niños que
sufren en la enfermedad;
para los que se encuentran sumergidos
sin remedio en la miseria
y que soportan la aplastante losa de la
ignorancia, que los hace débiles
e inevitablemente vulnerables ante las
adversidades que les acechan.

Para ti

El cobarde muere muchas veces,
el valiente muere sólo una vez

William Shakespeare

Durante toda tu existencia, que te deseo larga y venturosa, deberás distinguir la imprecisa línea que separa al valiente del temerario, llegando a entender que el primero adopta sus decisiones después de conocer y evaluar todos los posibles riesgos; sin embargo, no ocurre así con el temerario, que se arroja a la aventura confiando sólo en su intuición y en las cualidades propias que, por lo general, tiende a exagerar.

Atrévete, se valiente en la vida, lucha por lo que consideras justo, por alcanzar, sobre todo, la felicidad. Tu futuro depende fundamentalmente de ti, de cómo acometas tus acciones y jamás tengas temor a ese monstruo invisible y acechante llamado fracaso. Lo importante no es caer sino levantarse, pues son más numerosos los que fracasan que aquellos que lo intentan.

Un desgraciado accidente

Cuando apenas contaba cinco años, Arturo sufrió un desdichado accidente. Los esfuerzos de los doctores le salvaron la vida, pero no pudieron impedir que su cara quedara deformada para siempre. Su madre y el resto de la familia trataron que nunca advirtiera que ya no sería un niño como los demás, como aquellos con los que nunca volvería a jugar en el patio del colegio. Era extraño que jamás, posiblemente debido a su bondad y buen carácter, ninguno de esos niños le hubiera dicho o insinuado su raro aspecto, ni que hubiese sentido que intentarían burlarse de él, aunque la realidad es que en ocasiones se sentía mal pues en las miradas que recibía de alguno de ellos percibía, sobre todo, lástima.

Eloisa amaba a sus tres hijos por igual. Nunca demostró un acercamiento mayor hacia uno u otro. A Javier, que vendría tres años

después de Arturo, de diez años, lo quería porque, además de ser su hijo, era cariñoso, prudente y ordenado con sus cosas y porque era atento ante sus profesores y respetuoso con sus compañeros de clase. De Fiona, la última en llegar, de cabellos rubios y enormes ojos azules, apreciaba su gran curiosidad por aprender las causas de todo lo que sucedía a su alrededor. Fiona preguntaba constantemente, pero eso sí, con respeto, con amabilidad y sin resultar pesada en ningún instante.

Pese a todo, ni ella, ni Julio—su marido—podían evitar, cuando se encontraban a solas con Arturo, mostrarle su amor más infinito, hacerle ver que ellos siempre estarían con él, pasara lo que pasara. Habían transcurrido varios años desde que se produjo aquel terrible accidente, pero a pesar del tiempo pasado, les costaba aceptar que su hijo mayor no pudiera tener un rostro como el de los demás niños. Aun así, les quedaba una esperanza, la oportunidad de operarlo cuando terminara su desarrollo de adolescente, tal y como habían aconsejado los doctores. Las posibilidades eran limitadas, existían algunos riesgos, pero creían que su aspecto mejoraría con esa delicada operación.

Sin embargo, otros acontecimientos, que podréis descubrir en el transcurso de este relato, ocurrirán antes de que se lleve a cabo esa ansiada y complicada intervención.

Es conveniente que seamos respetuosos con los hechos, procurando no alterar el orden cronológico de lo que está por suceder, que sean contados tal y como se produjeron, para que, de esta forma, sea más fácil la comprensión de las alegrías, desventuras y momentos festivos de nuestro protagonista; pues de todo podréis leer en esta narración que apenas acaba de comenzar.

El traslado

Los padres de Arturo habían comprado otra casa. Este nuevo hogar les permitiría vivir con más desahogo, pues la familia había crecido y la anterior se había quedado pequeña, para que los niños crecieran con la holgura y comodidad que, según sus padres, necesitarían. Era éste un deseo al que aspiraban desde hacía mucho tiempo.

El considerable gasto que supuso la adquisición de la vivienda obligaba a Julio a realizar largas y agotadoras jornadas. Iniciaba su trabajo temprano, cuando el sol apenas había asomado, y terminaba casi al anochecer. Llegaba a casa, cenaba, y después de ver un rato las noticias en la televisión, se retiraba a su cuarto, no sin antes dedicar unos minutos a sus hijos. Por esta razón, todas las labores de la casa recaían sobre su mujer, quien además de preparar comida, lavar, planchar, etc., lle-

vaba y recogía del colegio a los más pequeños, Fiona y Javier. Incluso por la noche, ya los niños en la cama, una vez aseados y con los pijamas puestos, sacaba fuerzas para hablar con ellos, para preguntarles cómo les había ido el día, y hasta para contarles un cuento, con el que, por lo general, solían quedarse dormidos.

A Arturo le prestaba otro tipo de atención; se dirigía a su cuarto y conversaba con él.

—¿Qué te sucede, hijo? No sé, te veo triste. ¿No habrás reñido con algún compañero de clase? Te conozco, sé como eres y que no acostumbras a hacerlo, pero a veces es complicado y, sin pretenderlo, te ves involucrado en situaciones no deseadas.

—Tranquila mamá, no pasa nada. Es que hoy no he tenido un buen día. Mi profesor de matemáticas me ha llamado la atención por no haber sido capaz de resolver un ejercicio que no era demasiado difícil.

—Pero eso no debe preocuparte, también les sucede a otros alumnos. ¡Anímate! Mañana, sin duda, lo habrás olvidado. No ignores que todos te queremos, que haremos lo imposible, si fuera preciso, para que te sientas bien.

Con estas palabras intentaba borrar el abatimiento que, de vez en cuando, mostraba su mirada. En realidad, Arturo desconocía el alcance de su problema. Nunca había visto su imagen reflejada en espejo alguno; la casa carecía de ellos. Todos intentaban evitarle cualquier sufrimiento innecesario, en la medida de lo posible. Cuando se lavaba la cara, mientras se frotaba con la esponja y el jabón, notaba sus asperezas, las hendiduras de su piel, sus cicatrices. En estos momentos, se preocupaba, pero a pesar de ello, no podía imaginar la enorme deformidad de su rostro: su nariz desviada, su pómulo izquierdo hundido, la gran cicatriz que partía su barbilla prácticamente en dos. Apenado por esas percepciones, no se atrevía a preguntar la razón por la que en la casa no había espejos, aunque creía conocerla.

El traslado al nuevo hogar fue motivo de felicidad para todos. La ilusión, la alegría y el afán de colaboración se convirtieron en la nota dominante de aquellos días. Trabajaron mucho, incluida la pequeña Fiona, en la medida que sus escasas energías se lo permitían. Para Julio supuso un esfuerzo añadido al

trabajo diario, al tener que aprovechar los días libres del fin de semana para hacer la mudanza, colocar los enseres, las lámparas, cuadros y cuantos objetos podamos imaginar. Todo, menos espejos.

La casa se dividía en dos plantas, además contaba con un amplio sótano. En la planta baja se hallaba la cocina, de estimables proporciones y luminosa, lo que hacía feliz a Eloisa, ya que le permitía desenvolverse en ella sin las estrecheces de la anterior.

A continuación se encontraba el salón, que tampoco era pequeño, en el que dos confortables sofás, situados en forma de “L”, recogían a todos los miembros de la familia frente al televisor, que se hallaba en una esquina sobre una mesa de cristal y doradas patas de metal.

Orientados hacia la salida del sol se situaban tres de los cinco dormitorios de los que disponía la vivienda, por lo que resultaban cálidos y luminosos, además de suponer una mejoría importante respecto a los que tenían en la anterior.

Un sencillo jardín, ante la puerta de entrada, completaba la fachada principal. El pa-

tio trasero, de enormes dimensiones, contaba con una vieja higuera que, según los dueños anteriores, todavía daba fruto. En una de sus ramas más gruesas se hallaban amarradas dos cuerdas que, unidas a una pulida madera, servirían de columpio, lo que hizo que los niños se sintieran felices al descubrirlo.

La planta superior permanecía despejada. Julio tenía previsto colocar columpios, toboganes y otros juegos que ya estaba empezando a fabricar, una vez terminada su jornada. Ilusionado pensaba que, en cuanto le fuera posible, aprovecharía parte de ese espacio para instalar numerosas estanterías, una mesa de camilla y un equipo de música, pues era amante de los libros y de la música clásica.

—¡Qué bonita es, mamá! ¡Qué casa más grande! ¡Tendremos un cuarto para Javier y para mí! —decía Fiona con entusiasmo.

—No debes ser tan exagerada, no es para tanto, cariño. Sólo es un caserón viejo, con tantos años que no sabrías contar, aunque es cierto que es bastante espacioso. Y me alegro, no imaginas lo que me alegro de que tus hermanos y tú os sintáis tan felices en él.

—¡Y el sótano, sobre todo me encanta el sótano! ¿Podré jugar allí con mis amigos?

—Claro que sí, hija. Lo harás cuanto desees. Jugaréis cuando regreséis del colegio y yo os bajaré la merienda. Todos los domingos os compraré una buena ración de churros que mojaréis en un tazón de chocolate calentito.

Los tres hermanos corrían, saltaban y reían por toda la casa. En sus dormitorios, sus padres habían puesto muebles nuevos, incluidos mullidos colchones; sábanas de franela, suaves y cálidas para combatir los días fríos de invierno; colchas de llamativos colores y de dibujos variados que les entusiasmaban, y un armario ropero para cada uno. Con esta actitud festiva mostraban a sus padres lo felices que se sentían en su nuevo y, según les parecía a ellos, maravilloso hogar.

Era una casa necesitada de innumerables arreglos, con insuficiencias que ellos, posiblemente debido a su corta edad, no eran capaces de percibir, pero Julio y Eloisa decidieron, después de visitar numerosas viviendas, que ésa, la número 54 de la calle Olivenza era la ideal, teniendo en cuenta su reducido presupuesto.

Conversaron, mostrándose alegres y optimistas.

—La arreglaremos —le dijo él, intentando poner la máxima convicción a sus palabras—, no te quepa la menor duda. Necesito tiempo, pero cuando acabe te gustará, incluso me atrevería a decir que nos costará reconocerla.

—Ya lo sé, jamás lo he dudado. Quedará preciosa, a nuestro gusto. Hemos peleado mucho, puesto el máximo empeño para conseguirla, incluidas tus horas extras y mis innumerables horas de desvelo, noche tras noche, frente a la maquina de coser. Yo te ayudaré, te ayudaré con todas mis fuerzas. Y te doy la razón, en unos meses parecerá otra.

